

NICOLAS GUILLEN

VOZ VIVA DE AMÉRICA LATINA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE DIFUSIÓN CULTURAL

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Rector: Dr. Guillermo Soberón Acevedo

Secretario General: Lic. Sergio Domínguez Vargas

Director General de Difusión Cultural:

Lic. Diego Valadés

Departamento de Grabaciones:

Marisa Magallón

PRESENTACIÓN

Hace veinte años, más o menos, en una casa particular, Nicolás Guillén copió a mano un poema que parecía perdido, o que, para ser hallado, hubiera exigido una afanosa búsqueda: era el poema *Canción filial*, recortado de una revista *Social*, de La Habana. El poeta se mantuvo quieto durante veinte minutos, copiando fiel, filialmente el poema. En el mismo sitio, pocos años más tarde, otro poeta cubano se asombró con unos versos que él desconocía: es una pausa de ocho versos, en cursivas, que Rafael Alberti incluyó en su combativo y satírico libro *13 bandas y 48 estrellas*, Poema del Mar Caribe, Madrid, 1936. Estos son los primeros cuatro versos: (*Por el mar Caribe me bajaba el cielo / la voz firme y pura de Juan Marinello, / la desconocida de Pedroso y el / recuerdo mojado de José Manuel...*) Este poeta era Regino Pedroso. Todo ocurrió en la ciudad de México.

Esta es una coincidencia: Rafael Alberti viajó a México en 1935, en el barco *Siboney*. Creo que arribó a Tampico, por cierta dificultad que tuvo en aquel puerto con el cónsul de España, al que dedicó un tremendo soneto del más puro corte quevediano. En el libro ya citado de Alberti, el poema *Cuba en un piano*, los acentos de la poesía y de la música antillana saltan con enorme claridad andaluza. Nicolás Guillén sale por vez primera de su patria, en 1937, y navega de La Habana a Veracruz en el *Siboney*. Siete años antes, Federico García Lorca y Nicolás Guillén se conocen en Cuba. Federico escribe *Son de negros en Cuba* (*Cuando llegue la luna llena, / iré a Santiago de Cuba...*), dedicado a aquel hombre excepcional que se llamó Fernando Ortiz. Se publicó en la revista habanera *Musicalia*.

A México llegan los dos primeros libros de Guillén, *Motivos de son* (1930) y *Sóngoro cosongo* (1931), y el *Cuaderno de poesía negra*, de Emilio Ballagas, los tres decisivos en el desenvolvimiento de un estilo poético que alcanzó dimensiones efímeras, pero que influyó notablemente en numerosos poetas. En el *Corrido-son*, de Miguel N. Lira, hay un poema dedicado a Guillén, estilo Nicolás Guillén. El poeta cubano correspondió dedicándole a Miguel N. Lira su poema *Soldado muerto*, que aparece en *Cantos para soldados y sones para turistas*, publicado en México por la Editorial Masas, con un prólogo de Juan Marinello y portada y dibujos de José Chávez Morado. Aquí mismo, en México, la Editorial México Nuevo publica *España, poema en cuatro angustias y una esperanza*.

por Efraín Huerta

PAUSA

En 1937, se reprodujo, en *El Nacional*, de México, una ficha biográfica de Guillén:

"Nicolás Guillén nació en Camagüey (Cuba). Tiene treinta y tres años. Ha sido reportero, tipógrafo y empleado de Estado, y actualmente sólo es poeta, gran poeta. Publicó en 1930 su primer libro, *Sóngoro cosongo*, aunque ya antes había publicado poemas que obedecían a distintas maneras y postulados artísticos. Las mejores plumas se han movido para elogiarle y alentarle: Unamuno, Adolfo Salazar, Langston Hughes, José María Chacón y Calvo, Manuel Altolaguirre, etc.

Guillén ha publicado últimamente, con igual éxito y sin decaer en su lírica, *West Indies* (1934), en que se acusa ya un poeta de sentido dramático y social.

Guillén, como ha dicho don Rafael Suárez Solís, es un poeta racial de voz sincera que no desmiente el color pigmentado de su piel."

Firma: Emilio Ballagas.

El autor de la *Elegía de María Belén Chacón* tenía seis años menos que Nicolás Guillén. Emilio Ballagas murió en 1954, "en la flor de su madurez".

En forma paralela, se hace poesía negra en los Estados Unidos, en Haití y en Cuba. En su libro *Poesía de la negritud*, Publio L. Mondéjar hace un breve recuento del negrismo en Cuba, cultivado por Ramón Guirao, Emilio Ballagas, Fernando Ortiz, José Zacarías Tallet, Alejo Carpentier y Nicolás Guillén. De Nicolás Guillén, Mondéjar reproduce un texto muy breve pero muy significativo, donde el poeta hace clara referencia al *mestizaje* cultural:

"Mientras la negritud en los países francófonos es un arma de lucha contra el colonialismo, el *negrismo* es expresión de unidad histórica, conmixión de dos fuerzas sin ninguna de las cuales podría existir Cuba como existe hoy, lucha contra el racismo, en fin."

Pero como la cita está incompleta, me permito darla en su total claridad, ya que, antes, Guillén se he referido al negrismo de André Gide, Blaise Cendrars, Pablo Picasso y Paul Morand:

"Solo que este negrismo", dice Guillén, "llegado como 'una moda', transformándose rápidamente en 'modo' por una razón histórica evidente, a saber: el proceso de conmixión negriblanca, afroespa-

ñola, que durante más de tres siglos había tenido lugar en Cuba. Mientras la negritud de los poetas francófonos es un arma contra el colonialismo, un medio de lucha por la independencia del poderío metropolitano, el negrismo es expresión de unidad histórica, comisión de dos fuerzas sin ninguna de las cuales podría existir Cuba como existe hoy, lucha contra el racismo, en fin. Un negrismo *mestizo*, aunque ello suene a paradoja, que no lo es, sobre todo para quien se tome la molestia de ver dentro de sí mismo, y a lo lejos de nuestra historia desde la Ma Teodora hasta Sindo Garay, pasando por dos guerras de independencia frustradas y una revolución vencedora." (En *Nación y mestizaje*, ensayo de Nicolás Guillén aparecido en la revista *Casa de las Américas*, número doble 36-37, La Habana, mayo-agosto de 1966.)

Guillén siempre ha dicho, y con razón, que el negrismo poético se remonta a Lope de Vega y a Góngora. Pero cuando entrevistan al poeta cubano, surge invariablemente la interrogación sobre si se considera o no un "poeta de la negritud". La última vez que se lo preguntaron (revista *Crisis*, Buenos Aires, número 15, julio de 1974), el poeta dio una respuesta de franca contundencia:

"Usted me pregunta (lo entrevistó Ciro Bianchi Ross), si yo me considero un poeta de la negritud, y yo le contesto que no. Con la negritud sucede como con el realismo socialista, del que todo el mundo da una explicación distinta; y tal vez, todos tienen razón. A veces, me recuerda la definición que de la metafísica hizo Voltaire: la búsqueda, en un cuarto oscuro, de un gato negro que no está en el cuarto..."

En su mayoría de edad, en su plenitud, en la poderosa frescura de su capacidad como creador, Nicolás Guillén, ya puede darse el gusto de esas respuestas —y hace bien. Yo debo recordarlo, en el escenario del Palacio de Bellas Artes, en México, estremeciéndolo a todos los públicos con sus rítmicos y severos o burlones o satíricos poemas de los *Cantos para soldados y sones para turistas*, donde el poeta se vuelve a hallar con una forma clásica que ya no perdería, y que alcanza la mayor dimensión en los acentos elegíacos tan bien representados en este disco.

En 1937, cuando apareció su libro *Cantos para soldados...*, publiqué en el diario *El Nacional* una nota en la que decía, entre otras cosas: "Para triunfar y adquirir toda la calidad lírica de *Cantos para soldados y sones para turistas*, Guillén tuvo que echar de sí ese grito poderoso de rebeldía que alcanza su culminación en la parte séptima del *West Indies*, grito panfletario, henchido de sorna e ironía, de hiriente burla y de comprensión de lo trágico y doloroso, ('El que piense otra cosa, que avance un paso y hable'). Qué largo camino hubo de recorrer Guillén (tenía entonces 35 años) para llegar a lo que ahora, con poemas de corte clásico, nos dice, convenciéndonos de que al fin ha logrado ajustar su expresión al ritmo universal..."

LAS ELEGÍAS

Están aquí la elegía al poeta haitiano Jacques Roumain, al jovenito negro Emmett Till; la elegía grotesca al grotesco cazador de brujas Joe McCarthy, y la gigantesca, clásica ya, *Elegía a Jesús Menéndez*, el líder de los trabajadores de la caña, asesinado en la estación ferroviaria de Manzanillo, Cuba, el 22 de enero de 1948. Es el gran poema, el poema sentido, meditado, trabajado, redondeado, pulido; el poema que lleva en su entraña una música penetrante por dolorosa. El poeta lamenta la muerte de un hombre, de un amigo, de un revolucionario. *La Elegía a Jesús Menéndez* circuló en México profusamente, en copias mecanografiadas.

La noticia del asesinato de Menéndez, la recibió Guillén en Río de

Janeiro. "Allí prendió la llama del poema", escribe Angel Augier, "que escribió a su regreso a La Habana, continuó en Moscú y terminó en el pueblecito camagüeyano de Minas, en 1951".

¿Pero quién mejor que el poeta, para contarnos la historia de uno de los más grandes, o tal vez el más grande y prodigioso poema elegíaco escrito en América Latina en este siglo? Al periodista Ciro Bianchi Ross, que lo entrevistó en La Habana, y a dos preguntas, la primera sobre la concepción del poema y la segunda sobre cómo fue escrita, el poeta respondió con amplitud. Es su propia voz, son sus propias palabras, y debemos leerlo y escucharlo:

"—Una tarde, en 1948, después de almorzar, yo abandoné la casa en que vivía, que era la del famoso pintor Cándido Portinari, calle de Cosme Velho, en Río de Janeiro, para ir al centro de la ciudad. Regresé un poco tarde, y al llegar, Portinari me dijo: —'Han matado a un líder obrero de tu país'— y me tendió un periódico. Era el diario *O Globo*, en cuya primera página se daba cuenta de la muerte de Jesús Menéndez, aunque sin muchos detalles. La lectura de esa noticia me produjo un verdadero shock. Menéndez y yo éramos muy amigos, tanto que cuando él postuló un acta de representante por el Partido Socialista Popular, en la provincia de Las Villas, yo fui designado para acompañarlo en una gira por distintos lugares de aquella región. Él pronunciaba charlas y discursos y yo decía poemas, componiendo entre los dos una especie de velada político-cultural en cada sitio que visitábamos. Estas actividades estrecharon aún más nuestra amistad, que tuvo muchas características fraternales.

Aquella misma tarde en que me enteré de la muerte de Jesús, me puse a escribir un poema para él. Como yo estaba haciendo en aquel tiempo las Elegías que aparecen en *La paloma de vuelo popular*, me propuse hacer una elegía para Menéndez. Ahora bien, no alcancé a escribir más que algunos versos, pues partí de Brasil hacia Cuba, y fue aquí, en La Habana, donde el poema tomó cuerpo y se hizo al fin, luego de tres años de trabajo. Se publicó en plena dictadura. Es un poema muy complicado, y me llevó muchas horas de labor cada día."

POESÍA Y TEATRO

En 1974 se cumplieron cuarenta años de la aparición del gran poema antimperialista *West Indies Ltd.* Robusta y seria poesía, perfectamente situada junto a la de Manuel Navarro Luna y Regino Pedroso (a mi vez me situó al lado de un ensayo de Juan Marinello, aparecido un año antes de los *Cantos para soldados*), poesía "robusta y honda", que poco después evolucionaría en forma sorprendente. Es cuando Nicolás Guillén crea personajes ya inmortales como Papá Montero, Bito Manué, Quirino con su tres, el Negro Bombón, el Chévere, el sargento José Inés, Cantaliso, el soldado Miguel Paz y muchos más. Un conjunto bien pintoresco, cubanísimo, habanerísimo.

Guillén recuerda que Cipriano Rivas Cherif (poeta, dramaturgo y director de escena) se asombraba de que con tantos personajes "no los hubiera puesto yo en escena, moviéndose en el ámbito nacional..."

La idea está viva. Pienso que un joven director con visión, con sentido de lo nacional, de lo nacional poético, de lo nacional costumbrista, satírico, musical, podría montar una obra de insospechadas dimensiones. El poeta se revelaría como un descubridor de tarea larga, de lo esencial en lo negro cubano. El romance surge en *Motivos de son*, y uno se conduce con el *Velorio de Papá Montero*:

Bebedor de trago largo,
garguero de hoja de lata,

en mar de ron barco, suelto,
jinete de la cumbancha;
qué vas a hacer con la noche
si ya no podrás tomártela,
ni qué vena te dará
la sangre que te hace falta
si se te fue por el caño
negro de la puñalada?

Ahora sí que te rompieron
Papá Montero!

EL AMOR

Se ha señalado: en *Motivos de son*, por ejemplo, no había cabida para los poemas amorosos. Pero el año de 1964, dos poetas compatriotas de Guillén, Fayad Jamís y Angel Augier, se confabularon para publicar un tomito, el 6 de la colección "Cuadernos de Poesía". El cuaderno se intitula simple y llanamente *Poemas de amor*. Dos poemas excepcionales: *La balada azul* y *Tu recuerdo*, y la carta *A Julieta*, donde el poeta juega con un sentimiento y lo salpica con un humor rubeniano y la mayor gracia rítmica de Bécquer.

Y no podía faltar la exaltación del grado de admiración que el poeta llama "mi amor por las hembras elementales". En el caso del *Madrigal*, la hembra es total, plena, absolutamente hembra. Es tal vez el más perfecto madrigal de Nicolás Guillén, y desde luego, el más difundido:

Sencilla y vertical,
como una caña en el cañaveral.
Oh retadora del furor
genital:

tu andar fabrica para el espasmo gritador
espuma equina entre tus muslos de metal.

NACIONAL

Desde 1961, Nicolás Guillén es presidente de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Un título ha logrado este extraordinario y fiel poeta y luchador: el de Poeta Nacional. Y universal. Inagotable y entusiasta, siempre tiene un libro en preparación. Aquí en México nos dio las primicias de *El gran Zoo*, donde reaparece el acento cáustico de sus epigramas. Mucho recuerda este tono al de los sonetos satíricos de Rafael Alberti. Y desde luego, siempre Quevedo y su maciza sombra ejemplar.

Citados ya tres maestros españoles: Quevedo, Góngora y Lope, cierro estas notas de información con un texto precisamente de Rafael Alberti, el gran andaluz igualmente universal:

"Nicolás Guillén es el canto y la danza. Sus poesías tienen un ritmo de cintura. Está presente la calle y con ella la gracia cubana. Es poesía que baila y vive. Hay razones históricas para poderla llamar, como a la de Palés Matos o Ballagas, poesía afro-cubana, pero es poesía afro-española. Los dos abuelos cruzan los ritmos y se saludan finamente. Cada uno de ellos dejó a Guillén en herencia un saquito de virtudes. La técnica que emplea casi siempre es canción; el lenguaje, sabio; la profundidad puede alcanzar tanto a los orígenes de su raza como a la elaboración de su conciencia en las amarguras de su patria. La calidad poética es de primer manantial, reforzada por el tropezarse constante en la pedregosa vida presente: tal vez por eso salte tan clara. Corre a través de la obra de Nicolás Guillén la pasión por su isla con un tono constante de guitarra. Y su color es 'color universal', como dijo Unamuno.

Pero también pertenece a la poesía que no se asusta y entre bur-las y veras da en los nudillos de las manos que se extienden para enmudecer a los pueblos..."

POEMAS

de Nicolás Guillén

Cara 1: VINE EN UN BARCO NEGRERO...

Duración:

24'02

Vine en un barco negrero.
Me trajeron.
Caña y látigo el ingenio.
Sol de hierro.
Sudor como caramelo.
Pie en el cepo.

Aponte me habló sonriendo.
Dije: —Quiero.
¡Oh muerte! Después silencio.
Sombra luego.
¡Qué largo sueño violento!
Duro sueño.

La Yagruma
de nieve y esmeralda
bajo la luna.

O'Donnell. Su puño seco.
Cuero y cuero.
Los alguaciles y el miedo.
Cuero y cuero.
De sangre y tinta mi cuerpo.
Cuero y cuero.

Pasó a caballo Maceo.
Yo en su séquito.
Largo el aullido del viento.
Alto el trueno.
Un fulgor de macheteros.
Yo con ellos.

La Yagruma
de nieve y esmeralda
bajo la luna.

Tendido a Menéndez veo.
Fijo, tenso.
Borbota el pulmón abierto.
Quema el pecho.
Sus ojos ven, están viendo.
Vive el muerto.

¡Oh Cuba! Mi voz entrego.
En tí creo.
Mía la tierra que beso.
Mío el cielo.
Libre estoy, vine de lejos.
Soy un negro.

La Yagruma
de nieve y esmeralda
bajo la luna.

TENGO

Cuando me veo y toco,
yo, Juan sin Nada no más ayer,
y hoy Juan con Todo,
y hoy con todo,
vuelvo los ojos, miro,
me veo y toco
y me pregunto cómo ha podido ser.

Tengo, vamos a ver,
tengo el gusto de andar por mi país,
dueño de cuanto hay en él,
mirando bien de cerca lo que antes
no tuve ni podía tener.
Zafra puedo decir,
monte puedo decir,
ciudad puedo decir,
ejército decir,
ya míos para siempre y tuyos, nuestros,
y un ancho resplandor
de rayo, estrella, flor.

Tengo, vamos a ver,
tengo el gusto de ir
yo, campesino, obrero, gente simple,
tengo el gusto de ir
(es un ejemplo)
a un banco y hablar con el administrador,
no en inglés,
no en señor,
sino decirle compañero como se dice en español.

Tengo, vamos a ver,
que siendo un negro
nadie me puede detener
a la puerta de un *dancing* o de un bar.
O bien en la carpeta de un hotel
gritarme que no hay pieza,
una mínima pieza y no una pieza colosal,
una pequeña pieza donde yo pueda descansar.

Tengo, vamos a ver,
que no hay guardia rural
que me agarre y me encierre en un cuartel,
ni me arranque y me arroje de mi tierra
al medio del camino real.

Tengo que como tengo la tierra tengo el mar,
no *country*,
no *high-life*,
no *tennis* y no *yacht*,
sino de playa en playa y ola en ola,
gigante azul abierto democrático:
en fin, el mar.

Tengo, vamos a ver,
que ya aprendí a leer,
a contar,
tengo que ya aprendí a escribir
y a pensar
y a reír.

Tengo que ya tengo
donde trabajar
y ganar
lo que me tengo que comer.
Tengo, vamos a ver,
tengo lo que tenía que tener.

ELEGÍA A EMMETT TILL

El cuerpo mutilado de Emmett Till, 14 años, de Chicago, Illinois, fue extraído del río Tallahatchie, cerca de Greenwood, el 31 de agosto, tres días después de haber sido rapado de la casa de su tío, por un grupo de blancos armados de fusiles...

THE CRISIS, New York, octubre de 1955.

En Norteamérica,
la Rosa de los Vientos
tiene el pétalo sur rojo de sangre.

El Mississippi pasa
¡oh viejo río hermano de los negros!
con las venas abiertas en el agua,
el Mississippi cuando pasa.
Suspira su ancho pecho
y en su guitarra bárbara,
el Mississippi cuando pasa
llora con duras lágrimas.

El Mississippi pasa
y mira el Mississippi cuando pasa
árboles silenciosos

de donde cuelgan gritos ya maduros,
el Mississippi cuando pasa,
y mira el Mississippi cuando pasa
cruces de fuego amenazante,
el Mississippi cuando pasa,
y hombres de miedo y alarido,
el Mississippi cuando pasa,
y la nocturna hoguera
a cuya luz caníbal
danzan los hombres blancos,
y la nocturna hoguera
con un eterno negro ardiendo,
un negro sujetándose
envuelto el humo el vientre desprendido,
los intestinos húmedos,
el perseguido sexo,
allá en el Sur alcohólico,
allá en el Sur de afrenta y látigo,
el Mississippi cuando pasa.

Ahora ¡oh Mississippi,
oh viejo río hermano de los negros!,
ahora un niño frágil,
pequeña flor de tus riberas,
no raíz todavía de tus árboles,
no tronco de tus bosques,
no piedra de tu lecho,
no caimán de tus aguas:
un niño apenas,
un niño muerto, asesinado y solo,
negro.

Un niño con su trompo,
con sus amigos, con su barrio,
con su camisa de domingo,
con su su billete para el cine,
con su pupitre y su pizarra,
con su pomo de tinta,
con su guante de beisbol,
con su programa de boxeo,
con su retrato de Lincoln,
con su bandera norteamericana,
negro.

Un niño asesinado y solo,
que una rosa de amor
arrojó al paso de una niña blanca.

¡Oh viejo Mississippi,
oh rey, oh río de profundo manto!,
detén aquí tu procesión de espumas,
tu azul carroza de tracción oceánica:
mira este cuerpo leve,
ángel adolescente que llevaba
no bien cerradas todavía
las cicatrices en los hombros
donde tuvo las alas;
mira este rostro de perfil ausente,
deshecho a piedra y piedra,
a plomo y piedra,
a insulto y piedra;

mira este abierto pecho,
la sangre antigua ya de duro coágulo.
Ven y en la noche iluminada
por una luna de catástrofe,
la lenta noche de los negros
con sus fosforescencias subterráneas,
ven y en la noche iluminada,
dime tú, Mississippi,
si podrás contemplar con ojos de agua ciega
y brazos de titán indiferente,
este luto, este crimen,
este mínimo muerto sin venganza,
este cadáver colosal y puro:
ven y en la noche iluminada,
tú, cargado de puños y de pájaros,
de sueños y metales,
ven y en la noche iluminada,
oh viejo río hermano de los negros,
ven y en la noche iluminada,
ven y en la noche iluminada,
dime tú, Mississippi...

ELEGÍA A JACQUES ROUMAIN

Jacques Roumain nació en Port-au Price, Haití en 1907. Treinta y siete años después moría en la misma ciudad.

Dejó libros de cuentos y libros de poemas; dejó libros de botánica y libros de etnología. Se marchó una mañana de agosto, a las diez...

Grave la voz tenía.
Era triste y severo.
De luna fue y de acero.
Resonaba y ardía.

Envuelto en luz venía.
A mitad del sendero
sentóse y dijo: —¡Muero!
(Aún era sueño el día.)

Pasar su frente bruna,
volar su sombra suave,
dime, haitiano, si viste.

De acero fue y de luna.
Tenía la voz grave.
Era severo y triste.

¡Ay, bien sé, se sabe que estás muerto!
Rostro fundamental, seno profundo,
oh tú, dios abatido,
muerto ya como muere todo el mundo.
Muerto de piel ausente y de pulido
frontal, tu filosófico y despierto
cráneo de sueño erguido;
muerto sin ropa ni mortaja, muerto
flotando en aguas de implacable olvido,
muerto ya, muerto ya, muerto ya, muerto.

Sin embargo, recuerdo.
Recuerdo, sin embargo.

Por ejemplo, recuerdo su levita
de prócer cotidiano:
la de París
en humo gris,
en persistente gris
la de París
y la levita en humo azul del traje haitiano.
Recuerdo sus zapatos,
franceses todavía
y el pantalón a rayas que tenía
en una foto, en México, de consul.
Recuerdo
su cigarrillo demoníaco
de fuego perspicaz;
recuerdo su escritura de letras desligadas,
independientes, tímidas, duras, de pie, a la izquierda;
recuerdo
su pluma fuente corta, negra, gruesa, "Pelikano",
de gutapercha y oro;
recuerdo
su cinturón de hebilla con dos letras.
(¿O una sola? No sé, me falla,
se me va en esto un poco la memoria;
tal vez era una sola, una gran R,
pero no estoy seguro)...
Recuerdo
sus corbatas, sus medias, sus pañuelos,
recuerdo
su llavero, sus libros, su cartera.
(Una cartera de Ministro,
ambiciosa, de cuero).
Recuerdo
sus poemas inéditos,
sus papeles polémicos
y sus apuntes sobre negros.
Quizás haya también todo ya muerto,
o cuando más sean cosas de museo
familiar. Yo las conservo,
por aquí están, las guardo.
Quiero decir que las recuerdo.

¿Y lo demás, lo otro,
lo que hablábamos, Jacques?
¡Ay, lo demás no cambia, eso no cambia!
Allí está, permanece
como una gran página de piedra
que todos leen, leen, leen;
como una gran página sabida y resabida,
que todos dicen de memoria,
que nadie dobla,
que nadie vuelve, arranca
de ese tremendo libro abierto haitiano,
de ese tremendo libro abierto
por esa misma página sangrienta haitiana,
por esa misma, sola, única abierta página
terrible haitiana hace trescientos años!
Sangre en las espaldas del negro inicial.
Sangre en el pulmón de Louverture.
Sangre en las manos de Leclerc
temblorosas de fiebre.
Sangre en el látigo de Rochambeau

con sus perros sedientos.
Sangre en el Pont-Rouge.
Sangre en la Citadelle.
Sangre en la bota de los yanquis.
Sangre en el cuchillo de Trujillo.
Sangre en el mar, en el cielo, en la montaña.
Sangre en los ríos, en los árboles.
Sangre en el aire.
(Olvidaba decir que justamente, Jacques,
el personaje de este poema,
murmuraba a veces: —Haití
es una esponja empapada en sangre).

¿Quién va a exprimir la esponja, la insaciable
esponja? Tal vez él,
con su rabia de siglos. Tal vez él,
con sus dedos de sueño. Tal vez él,
con su celeste fuerza...
El, Monsieur Jacques Roumain,
que hablaba en nombre
del negro Emperador, del negro Rey,
del negro Presidente
y de todos los negros que nunca fueron más que
Jean
Pierre
Victor
Candide
Jules
Charles
Stephen
Raymond
André.

Negros descalzos frente al Champ de Mars,
o en el tibio mulato camino de Petionville,
o más arriba,
en el ya frío blanco camino de Kenskoff:
negros no fundados aún,
sombras, zombíes,
lentos fantasmas de la caña y el café,
carne febril, desgarradora,
primaria, pantanosa, vegetal.
El va a exprimir la esponja,
él va a exprimirla.

Verá entonces el sol duro antillano,
cual si estallara telúrica vena,
enrojecer el pálido océano.

Y flotar sin dogal y sin cadena
cuellos puros en suelta muchedumbre,
almas no, pero sí cuerpos en pena.

Móvil incendio de afilada lumbre,
lamerá con su lengua prometida
del fijo llano a la nublada cumbre.

¡Oh aurora de los tiempos, encendida!
¡Oh, mar, oh mar de sangre desbordado!
El pasado pasado no ha pasado.
La nueva vida espera nueva vida.

Y bien, en eso estamos, Jacques, lejano amigo.
No porque te hayas ido,
no porque te llevarán, mejor dicho,
no porque te cerraran el camino,
se ha detenido nadie, nadie se ha detenido.

A veces hace frío, es cierto. Otras, un estampido
nos ensordece. Hay horas de aire líquido,
lacrimosas, de estertor y gemido.
En ocasiones logra, obtiene un río
desbaratar un puente con su brutal martillo...
Mas a cada suspiro nace un niño.
Cada día la noche pare un sol amarillo
y optimista, que fecunda el baldío.
Muele su dura cosecha el molino.
Cúbrese de rojas banderas los himnos.
¡Mirad! ¡Llegan envueltos en polvo y harapos los primeros vencidos!

El día inicial inicia su gran luz de verano.
Venga mi muerto grave, suave, haitiano
y alce otra vez hecha puño tempestuoso la mano.
Cantemos nuestra fraterna canción, hermano.

*Florece plantada la vieja lanza.
Quema en las manos la esperanza.
La aurora es lenta, pero avanza.*

Cantemos frente a los frescos siglos recién despiertos,
bajo la estrella madura suspendida en la nocturna fragancia
y a lo largo de todos los caminos abiertos
en la distancia.

Cantemos, pues, querido,
pisando el látigo caído
del puño del amo vencido,
una canción que nadie haya cantado:

(Florece plantada la vieja lanza)
una húmeda canción tendida
(Quema en las manos la esperanza)
de tu garganta en sombras, más allá de la vida.
(La aurora es lenta, pero avanza)
a mi clarín terrestre de cobre ensangrentado!

LITTLE ROCK

A Enrique Amorim.

Un blue llora con lágrimas de música
en la mañana fina.
El Sur blanco sacude
su látigo y golpea. Van los niños
negros entre fusiles pedagógicos
a su escuela de miedo.
Cuando a sus aulas lleguen,
Jim Crow será el maestro,
hijos de Lynch serán sus discípulos
y habrá en cada pupitre
de cada niño negro,
tinta de sangre, lápices de fuego.

Así es el Sur. Su látigo no cesa.

En aquel mundo faubus,
bajo aquel duro cielo faubus de gangrena,
los niños negros pueden
no ir junto a los blancos a la escuela.
O bien quedarse suavemente en casa.
O bien (nunca se sabe)
dejarse golpear hasta el martirio.
O bien no aventurarse por las calles.
O bien morir a bala y a saliva.
O no silbar al paso de una muchacha blanca.
O en fin, bajar los ojos yes,
doblar el cuerpo yes,
arrodillarse yes,
en aquel mundo libre yes
de que habla Foster Tonto en aeropuerto y aeropuerto,
mientras la pelotilla blanca,
una graciosa pelotilla blanca,
presidencial, de golf, como un planeta mínimo.
rueda en el césped puro, terso, fino,
verde, casto, tierno, suave, yes.

Y bien, ahora,
señoras y señores, señoritas,
ahora niños,
ahora viejos peludos y pelados,
ahora indios, mulatos, negros, zambos,
ahora pensad lo que sería
el mundo todo Sur,
el mundo todo sangre y todo látigo,
el mundo todo escuela de blancos para blancos,
el mundo todo Rock y todo Little,
el mundo todo yanqui, todo Faubus...
Pensad por un momento,
imaginadlo un solo instante.

ELEGÍA

Por el camino de la mar
vino el pirata,
mensajero del Espíritu Malo,
con su cara de un solo mirar
y con su monótona pata
de palo.
Por el camino de la mar.

Hay que aprender a recordar
lo que las nubes no pueden olvidar.

Por el camino de la mar,
con el jazmín y con el toro,
y con la harina y con el hierro,
el negro, para fabricar
el oro;
para llorar en su destierro
por el camino de la mar.

¿Cómo vais a olvidar
lo que las nubes aún pueden recordar?

Por el camino de la mar,
el pergamino de la ley,
la vara que malmedir,

y el látigo de castigar,
y la sífilis del virrey,
y la muerte, para dormir
sin despertar,
por el camino de la mar.

¡Duro recuerdo recordar
lo que las nubes no pueden olvidar
por el camino de la mar!

CUALQUIER TIEMPO PASADO FUE PEOR

¡Qué de cosas lejanas
aún tan cerca,
mas ya definitiva-
mente muertas!

La autoridad de voz abrupta
que cobraba un diezmo al jugador
y otro diezmo a la prostituta.

El senador (tan importante).
El representante.
El concejal.
El sargento de la Rural.
El sortijón con un diamante.

El cabaret que nunca se abrió
para la gente de color.
(Este es un club ¿comprende?
¡Qué lástima! Si no...)

El gran hotel
sólo para la gente bien.

La crónica de sociedad
con el retrato de la niña
cuando llegó a la pubertad.

En los bancos,
sólo empleados blancos.
(Había excepciones: alguna vez
el que barría y el ujier.)

En el campo y en la ciudad,
el desalojo y el deshaucio.
El juez de acuerdo con el amo.

Un club cubano de beisbol:
Primera base: Charles Little.
Segunda base: Joe Cobb.
Catcher: Samuel Benton.
Tercera base: Bobby Hog.
Short Stop: James Wintergarden.
Pitcher: William Bot.
Files: Wilson, Baker, Panther.
Sí, señor.
Y menos mal
el cargabates: Juan Guzmán.

En los diarios:
PALACIO. El Embajador

Donkey dejó al Presidente
una Nota por
el incidente
de Mr. Long
con Felo, el estibador.
(Mr. Long sigue mejor.)

Los amigos de Chicho Chan
le ofrecerán un almuerzo
mañana, en La Tropical.

La vidriera,
el apuntador,
y lo peor,
sobre la acera
la enferma flor,
el triste amor
de la fletera.

En fin, de noche y día,
¡la policía, la policía, la policía!
De noche y de día,
¡la policía, la policía, la policía!
De noche y de día,
la policía.

¿No es cierto que hay muchas cosas
lejanas que aún se ven cerca,
pero que ya están definitiva-
mente muertas?

ELEGÍA A JESÚS MENÉNDEZ

I

*Nacido entre las cañas, muerto luchando
por ellas, Jesús Menéndez fue el más alto
líder de los trabajadores cubanos del azúcar.
Cayó asesinado en la ciudad de Manzanillo,
el 22 de enero de 1948.*

*... armado
más de valor que de acero.
GÓNGORA.*

Las cañas iban y venían
desesperadas, agitando
las manos.
Te avisaban la muerte,
la espalda rota y el disparo.
El capitán de plomo y cuero,
de diente y plomo y cuero te enseñaban;
de pezuña y mandíbula,
de ojo de selva y trópico,
sentado en su pistola el capitán.
¡Con qué voz te llamaban,
te lo decían
cañas
desesperadas
agitando las manos!
Allí estaba,
la boca líquida entreabierta,

el salto próximo esculpido
bajo la piel eléctrica,
sentado en su pistola el capitán.

Allí estaba,
las narices venteando
tus venas inmediatas,
casi ya derramadas,
el ojo fijo en tu pulmón,
el odio recto hacia tu voz,
sentado en su pistola el capitán

Cañas
desesperadas
te avisaban,
agitando las manos.

Tú andabas entre ellas. Sonreías
en tu estatura primordial y ardías.
Violento azúcar en tu voz de mando,
con su luz de relámpago nocturno
iba de yanqui en yanqui resonando.
De pronto, el golpe de la pólvora. El zarpazo
puesto en la punta de un rugido,
y el capitán de plomo y cuero,
el capitán de diente y plomo y cuero,
ya en tu incansable, en tu marítima,
ya en tu profunda sangre sumergido.

II

*hubo muchos valores que
se destacaron.
NEW YORK HERALD TRIBUNE
(Sección Financiera).*

Al fin sangre solar caída,
disuelta en agrio charco sobre azúcar.
Al fin arteria rota;
sangre anunciada, en venta
una mañana de la Bolsa
de Nueva York. Sangre anunciada, en venta
desde esa cinta vertiginosa
que envenena y se arrastra como una
víbora interminable de piel veloz marcada
con un tatuaje de números y crímenes.

Títulos que mejoran
o bajan medio punto.
Bonos sin vencimiento que ganaron
hasta el cinco por ciento de interés en un año.
La Cuban Atlantic Company
ayer martes,
operó, por ejemplo,
a veintinueve y medio con baja de dos puntos.
La Punta Alegre Sugar Company,
cerró con alza de un octavo de punto.
El Wall Street Journal anuncia
que la Minnesota and Ontario Paper Company
ganó cuatro millones

CARA-II
Duración:
24' 55"

más que el año anterior. (El New York Times
bate palmas y chilla: ¡Vamos bien!).
Dow Jones comunica por un hilo exclusivo
que la Fedders Quigan Corporation
ha retirado su propuesta para
advertir las acciones comunes.
La Cuba Railroad Company
estuvo activa y firme.
La Mullings Manufacturing Company
recibió del Ejército
un colosal pedido
para fabricar proyectiles de artillería.
En fin, cotizaciones varias:

Cuban Company Communes:
 abre con 5 puntos,
 cierra con $5\frac{3}{8}$.
West Indies Company,
 abre con 69 puntos,
 cierra con $69\frac{5}{8}$.
United Fruit Company,
 abre con 31 puntos,
 cierra con $31\frac{1}{8}$.
Cuban American Company,
 abre con 21 puntos,
 cierra con $21\frac{3}{4}$.
Foster Welles Company,
 abre con 40 puntos,
 cierra con $41\frac{5}{8}$.

De repente
un gran trueno cuarteja el techo frágil,
un rayo cae
desde aquel bajo cielo sulfúrico
hasta el salón congestionado:

Sangre Menéndez, hoy, al cierre,
150 puntos $\frac{7}{8}$ con tendencia al alza.

El coro allí de
 comerciantes
 usureros
 papagayos
 lynchadores
 amanuenses
 policías
 capataces
 proxenetas
 recaderos
 delatores
 accionistas
 mayorales
 trúmanes
 macártures
 eunucos
 bufones
 tahures;

el coro allí de gente

seca
sorda

ciega
dura;

el coro allí junto a la abierta espalda
del alto atleta vegetal, vendiendo
borbotones de angustia, pregonando
coágulos cotizables, nervios, huesos de aquella
descuartizada rebeldía;
una mordida
no más en el pulmón ya perforado.
Y el capitán detrás de las medallas,
cóncavo en la librea,
el pensamiento en la propina,
la voz a ras con las espuelas:
—Please, please! Come on, ladies and gentlemen!
Oh please! Come on, come on, come on!

Finalmente, este cauteloso suspiro de angustia se
escapó de un diario de la tarde:

“Aunque las ganancias ayer fueron impre-
sionantes, el volumen relativamente bajo de
un millón seiscientas mil acciones da motivo
para reflexionar. A pesar de la variedad de
razones expresadas, parece muy probable
que la mejoría haya sido de naturaleza téc-
nica, y puede o no resultar de un viraje de
la tendencia reciente, dependiendo de que los
promedios logren penetrar sus máximos an-
teriores...”

El capitán partió rumbo al cuartel
con una aguja de cuajada sangre
pinchándole los ojos.

III

... si no hay entre nosotros
hombre a quien este bárbaro no afrente?
LOPE DE VEGA

Mirad al Capitán del Odio,
entre un buitres y una serpiente;
amargo gemido lo busca,
metálico viento lo envuelve.
En una ráfaga de pólvora
su rostro lívido se pierde;
parte a caballo y es de noche,
pero tras él corre la Muerte.

Allá donde anda su revólver
en diálogos con su machete
y le velan cuatro fusiles
el pesado sueño que duerme,
libre prisión un alto muro
su duro asilo le concede.
¡Oh capitán, el bien guardado!
Pero tras él corre la Muerte.

Quien le cuajara en nueve lunas
el violento perfil terrestre,
si doce meses lo maldice,
también lo llora doce meses.

Un angustiado puente líquido
de rojas lágrimas le tiende:
lo pasa huyendo el capitán,
pero tras él corre la Muerte.

Quien le engendró dientes de lobo
soñándole angélica veste,
el ojo fijo arder la mira
y en lenta baba revolverse.
Baja, buscándole en el bosque
cubil seguro en qué esconderle:
huye hasta el bosque el capitán,
pero tras él corre la Muerte.

Un mozo de dorado bozo,
de verde tronco y hojas verdes,
derrama en el viento su voz,
llora por la sangre que tiene.
¡Ay, sangre (sollozando dice)
cómo me quemas y me dueles!
El capitán huye en un grito,
pero tras él corre la Muerte.

Quien de sus rosas amorosas
le regaló la de más fiebre,
teje una cruel corona oscura
y es con vergüenza como teje.
Le resplandece el corazón
en la gran noche de la frente;
huye sin verla el capitán,
pero tras él corre la Muerte.

En medio de las cañas foscas
galopa el hirsuto jinete;
va con un látigo de fósforo
y el odio cuando pasa enciende.
Jesús Menéndez se sonríe,
desde su pulmón amanece:
huye de un golpe el capitán,
pero tras él corre la Muerte.

IV

*Un corazón en el pecho
de crímenes no manchado*
PLÁCIDO

Jesús es negro y fino y prócer, como un bastón de ébano, y tiene los dientes blancos y corteses, por lo que su boca se abre siempre amanecida;

Jesús brilla a veces con ojos tristes y dulces; a veces óyese bramar en sus ojos un agua embravecida;

Jesús dice *carro, río, ferrocarril, cigarro*, como un francés renuente a olvidar su lengua de niño, nunca perdida;

pero es cubano y su padre habló con Maceo; su padre, que llevaba en el hombro una estrella de oro, una ardiente estrella encendida; alguna vez anduve con Jesús transitando de sueño en sueño su gran provincia llena de hombres que le tendían la mocha encallecida;

su gran provincia llena de hombres que gritaban ¡Oh Jesús! como si hubieran estado esperando largamente su venida;

viósele entonces hablarles sin tribuna y tan cerca la piel agria y repartida;

se le vió luego sentárseles a la mesa de blanco arroz y oscura carne; a la mesa sin vino ni mantel, y presidirles la comida;

Jesús nació en el centro de su isla y allí se le descubre desde el mar, en los días claros, cubierto de nubes fijas;

¡subid, subidlo y contemplaréis desde su frente con qué fragor hierve a sus pies y se renueva en ondas interminables la vida!

V

*Vuelve a buscar a aquel que lo ha herido,
y al punto que miró, le conocía.*

ERCILLA

Los grandes muertos son inmortales: no mueren nunca. Parece que se marchan; parece que se los llevan, que se pudren, que se deshacen. Pensamos que la última tierra que les llena la boca va a enmudecerlos para siempre. Pero la lengua se les hincha, les crece; la lengua se les abre como una semilla bárbara y expulsa un árbol gigantesco, un árbol duro, cargado de plumas y de nidos. ¿Quién vio caer a Jesús? Nadie lo viera, ni aun su asesino. Quedó en pie, rodeado de cañas insurrectas, de cañas coléricas. Y ahora grita, resuena, no se detiene. Marcha por un camino sin término, hecho de tiempo sutil, polvoriento de instantes menudos, como una arena fina. No esperes a que Jesús te bendiga y te oiga cada año, luego de la romería y el sermón y la salve y el incienso, porque él no espera tanto tiempo para hablarte. Te habla siempre, como un dios cotidiano, a quien puedes tocar la piel húmeda temblorosa de latidos, de pequeñas mariposas de fuego aleteándole en las venas; te habla siempre como un amigo puro que no desaparece. El desaparecido es el otro. El vivo es el muerto, cuya persistencia mineral es apenas una caída anticipada, un adelanto lúgubre. El vivo es el muerto. Rojo de sangre ajena, habla sin voz y nadie le atiende ni le oye. El vivo es el muerto. Anda de noche en noche y amenaza en el aire con un puño de agua podrida. El vivo es el muerto. Con un puño de limo y cloaca, que hiede como el estómago de una hiena. El vivo es el muerto. ¡Ah, no sabéis cuántos recuerdos de metal le martillean a modo de pequeños martillos y le clavan largos clavos en las sienes!

Caña Manzanillo ejército
bala yanqui azúcar
crimen Manzanillo huelga
ingenio partido cárcel
dólar Manzanillo viuda
entierro hijos padres
venganza Manzanillo zafra.

Un torbellino de voces que lo rodean y golpean, o que de repente se quedan fijas, pegadas al vidrio celeste. Voces de macheteros y campesinos y cortadores y ferroviarios. Asperas voces también de soldados que aprietan un fusil en las manos y un sollozo en la garganta.

Yo bien conozco a un soldado,
compañero de Jesús,
que al pie de Jesús lloraba
y los ojos se secaba
con un pañolón azul.
Después este son cantaba:

Pasó una paloma herida,
volando cerca de mí;

roja le brillaba un ala,
que yo la vi.

Ay, mi amigo,
he andado siempre contigo:
tú ya sabes quién tiró,
Jesús, que no he sido yo.
En tu pulmón enterrado
alguien un plomo dejó,
pero no fue este soldado,
pero no fue este soldado,
Jesús,
¡por Jesús que no fui yo!

Pasó una paloma herida,
volando cerca de mí;
rojo le brillaba el pico,
que yo la vi.

Nunca quiera
contar si en mi cartuchera
todas las balas están:
nunca quiera, capitán.
Pues faltarán de seguro
(de seguro faltarán)
las balas que a un pecho puro,
las balas que a un pecho puro,
mi flor,
por odio a clavarse van.

Pasó una paloma herida,
volando cerca de mí;
rojo le brillaba el cuello,
que yo la vi.

¡Ay, qué triste
saber que el verdugo existe!
Pero es más triste saber
que mata para comer.
Pues que tendrá la comida
(todo puede suceder)
un gusto a sangre caída,
un gusto a sangre caída,
caramba,
y a lágrima de mujer.

Pasó una paloma herida,
volando cerca de mí;
rojo le brillaba el pecho,
que yo la vi.

Un sinsonte
perdido murió en el monte,
y vi una vez naufragar
un barco en medio del mar.
Por el sinsonte perdido
ay, otro vino a cantar
y en vez de aquel barco hundido,
y en vez de aquel barco hundido,
mi bien,
otro salió a navegar.

Pasó una paloma herida,
volando cerca de mí;
iba volando, volando,
volando, que yo la vi.

VI

*Y alumbrando el camino de la fácil conquista,
la libertad levanta su antorcha en Nueva York.*

RUBÉN DARÍO

Jesús trabaja y sueña. Anda por su isla, pero también se sale de ella, en un gran barco de fuego. Recorre las cañas miserables, se inclina sobre su dulce angustia, habla con el cortador desollado, lo anima y lo sostiene. De pronto, llegan telegramas, noticias, voces, signos sobre el mar de que lo han visto los obreros de Zulia cuajados en gordo aceite, contar las veces que el balancín petrolero, como un ave de amargo hierro, pica la roca hasta llegarle al corazón. De Chile se supo que Jesús visitó las sombrías oficinas del salitre, en Tarapacá y Tocopilla, allá donde el viento está hecho de ardiente cal, de polvo asesino. Dicen los bogas del Magdalena que cuando lo condujeron a lo largo del gran río, bajo el sol de grasa de coco, Jesús les recordó el plátano servil y el café esclavo en el valle del Cauca, y el negro dramático, acorralado al borde del Caribe, mar pirata. Desde el Puente Rojo exclama Dessalines: "¡Traición, traición, todavía!" Y lo presenta a Defilée, loca y trágica, que le veló la muerte haitiana llena de moscas. Hierven los morros y favelas en Río de Janeiro, porque allá anunciaron la llegada de Jesús, con otros trabajadores, en el tren de la Leopoldina. Puerto Rico le enseña sus cadenas, pero levanta el puño ennegrecido por la pólvora. Un indio de México habló sin mentarse. Dijo: "Anoche lo tuve en mi casa." A veces se demora en el Perú de plata fina y sangrienta. O bajando hacia la punta sur de nuestro mapa, júntese a los peones en los pagos enérgicos y les acompaña la queja viril en la guitarra decorosa. ¿A dónde vuela ahora, a dónde va volando, más allá del cinturón de volcanes con que América defiende su ombligo torturado por la United Fruit desde el Istmo roto hasta la linde azteca? Vuela ahora, sube por el aire oleaginoso y correoso, por el aire grasiento, por el aire espeso de los Estados Unidos, por ese negro humo. Un vasto estrépito le hace volver los ojos hacia las luces de Washington y Nueva York, donde bulle el festín de Baltasar.

Ahí ve que de un zarpazo Norteamérica
alza una copa de negro metal;
la negra copa del violento hidrógeno
con que brinda el Tío Sam.

Lúbrico mono de pequeño cráneo
chilla en su mesa: ¡Por la muerte va!
Crepuscular responde un coro múltiple:
¡Va por la muerte, por la muerte va!

Aire de buitres removiendo el águila
mira de un mar al otro mar;
encapuchados danzan hombres fúnebres,
baten un fúnebre timbal
y encendiendo las tres letras fatídicas
con que se anuncia el Ku Klux Klan,
lanzan del Sur un alarido unánime:
¡Va por la muerte, por la muerte va!

Arde la calle donde nace el dólar
bajo un incendio colosal.

En la retorta hierve el agua química.
 Establece la asfixia del gas.
 Alegre está Jim Crow junto a un sarcófago.
 Lo viene Lynch a saludar.
 Entre los dos se desenreda un látigo:
 ¡Va por la muerte, por la muerte va!

Fijo en la cruz de su caballo, Walker
 abrió una risa mineral.
 Cultiva en su jardín rosas de pólvora
 y las riega con alquitrán;
 sueña con huesos ya sin epidermis,
 sangre en un chorro torrencial;
 bajo la gorra, un pensamiento bárbaro:
 ¡Va por la muerte, por la muerte va!

Jesús oye el brindis, las temibles palabras, el largo trueno, pero no desanda sus pasos. Avanza seguido de una canción ancha y alta como un pedazo de océano. ¡Ay, pero a veces la canción se quiebra en un alarido, y sube de Martinsville un seco humo de piel cocida a fuego lento en los fogones del diablo! Allá abajo están las amargas tierras del Sur yanqui, donde los negros mueren quemados, emplumados, violados, arrastrados, desangrados, ahorcados, el cuerpo campaneando trágicamente en una torre de espanto. El jazz estalla en lágrimas, se muerde los gordos labios de música y espera el día del Juicio Inicial, cuando su ritmo en síncope ciña y apriete como una cobra metálica el cuello del opresor. ¡Danzad despreocupados, verdugos crueles, fríos asesinos! ¡Danzad bajo la luz amarilla de vuestros látigos, bajo la luz verde de vuestra hiel, bajo la luz roja de vuestras hogueras, bajo la luz azul del gas de la muerte, bajo la luz violácea de vuestra putrefacción! ¡Danzad sobre los cadáveres de vuestras víctimas, que no escaparéis a su regreso irascible! Todavía se oye, oímos todavía; suena, se levanta, arde todavía el largo rugido de Martinsville. Siete voces negras en Martinsville llaman siete veces a Jesús por su nombre y le piden en Martinsville, le piden en siete gritos de rabia, como siete lanzas, le piden en Martinsville, en siete golpes de azufre, como siete piedras volcánicas, le piden siete veces venganza. Jesús nada dice, pero hay en sus ojos un resplandor de grávida promesa, como el de las hoces en la siega, cuando son heridas por el sol. Levanta su puño poderoso como un seguro martillo y avanza seguido de duras gargantas, que entonan en un idioma nuevo una canción ancha y alta, como un pedazo de océano. Jesús no está en el cielo, sino en la tierra; no demanda oraciones, sino lucha; no quiere sacerdotes sino compañeros; no erige iglesias, sino sindicatos: Nadie lo podrá matar.

VII

*Apriessa cantan los gallos
 e quieren crebar albores.*

POEMA DEL CID.

¡Qué dedos tiene, cuantas
 uñas saliéndole del sueño! Brilla
 duro fulgor sobre la hundida zona
 del aire en que quisieron destruirle
 la piel, la luz, los huesos, la garganta.
 ¡Como le vemos, cómo habrá de vérselo
 pasar aullando en medio de las cañas,
 o bien quedar suspenso remolino,
 o bien bajar, subir,

o bien de mano en mano
 rodar como una constante moneda,
 o bien arder al filo de la calle
 en demorada llamarada,
 o bien tirar al río de los hombres,
 al mar, a los estanques de los hombres
 canciones como piedras,
 que van haciendo círculos de música
 vengadora, de música
 puesta, llevada en hombros como un himno!

Su voz aquí nos acompaña y ciñe.
 Estrujamos su voz
 como una flor de insomnio
 y suelta un zumo amargo,
 suelta un olor mojado,
 un agua de palabras puntiagudas
 que encuentran en el viento
 el camino del grito,
 que encuentran en el grito
 el camino del canto,
 que encuentran en el canto
 el camino del fuego,
 que encuentran en el fuego
 el camino del alba,
 que encuentran en el alba un gallo rojo,
 de pólvora, un metálico
 gallo desparramando el día con sus alas

Venid, venid y en la alta
 torre estaréis, campana y campanero;
 estaremos, venid,
 metal y huesos juntos que saludan
 el fino, el esperado amanecer
 de las raíces; el tremendo hallazgo
 de una súbita estrella;
 metal y huesos juntos que saludan
 la paloma de vuelo popular
 y verde ramo en el aire sin dueño;
 el carro ya de espigas
 lleno recién cortadas;
 la presencia esencial
 del acero y la rosa:
 metal y huesos juntos que saludan
 la procesión final, el ancho séquito
 de la victoria.

Entonces llegará,
 General de las Cañas, con su sable
 hecho de un gran relámpago bruñido;
 entonces llegará,
 jinete en un caballo de agua y humo,
 lenta sonrisa en el saludo lento;
 entonces llegará para decir,
 Jesús para decir:
 —Mirad, he aquí el azúcar ya sin lágrimas.
 Para decir:
 —He vuelto, no temáis.
 Para decir:
 —Fue largo el viaje y áspero el camino.
 Creció un árbol con sangre de mi herida.
 Canta desde él un pájaro a la vida.
 La mañana se anuncia con un trino.